

El Eco de Cartagena



DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

El gran día

Recoger el latido de un pueblo y demostrar el ferviente deseo de ofrecer a la Reina de los Cielos, a nuestra Madre de la Caridad, el testimonio de amor y veneración de esta ciudad, es lo que se propone **El Eco de Cartagena**, en la medida de sus fuerzas, al dedicar este número extraordinario no tanto como el caso requiere como por la buena voluntad de cuantos en ello cooperamos.

Y es tan difícil trasladar al papel los innumerables sentimientos del pueblo que de rodillas gime ante la Virgen Refugio de Pecadores, Consuelo de Aflijidos y Auxilio de Cristianos, que tenemos que renunciar a labor tan ardua y conformarnos con traducir algo de lo mucho que Cartagena y España y el Mundo siente, necesita y pide en unos cuantos artículos y poesías de verdaderos amantes de nuestra Reina y Señora.

Vayan, pues, entrelazadas con galanas frases y rítmicas estrofas las tiernas palpitations del corazón de un pueblo y aprenda el mundo entero como se debe amar a una Madre, como adoran los cartageneros a su Virgen de la Caridad.

LA REDACCION

MARIA, REINA DE LOS MARTIRES

La gracia, como la naturaleza, tiene sus pasiones, pero como la gracia está muy por encima de la naturaleza, también lo están sus dolores que son más elevados, más vehementes y más fuertes que los dolores naturales. La pasión más fuerte de la naturaleza es el amor profano, así como la más fuerte de las pasiones de la gracia es el amor divino, todo dulzura cuando se piensa en él, porque es la fuente y la medida de los eternos consuelos. Pero hay una diferencia entre el amor que goza y el amor que sufre; es el mismo, pero tan diferente en sus operaciones, que mientras en el cielo es la paz y la ventura en la tierra es el más cruel perseguidor de las almas venturosas. Porque el amor divino se funda en el sacrificio y priva a las almas de todo consuelo, según la naturaleza, alimentándolas de cruces. El es el que conduce a los mártires a los potros y hogueras; él, el que hace mártires voluntarios a la virgen, al anacoreta que se castiga a sí propio, y a medida que ese amor divino es más intenso es más cruel para consigo mismo.

¿Y quién puede jactarse de haber experimentado esos dolores de la gracia como los experimentó María al pie de la cruz? Ahí mereció la Madre de la divina gracia el título de *corredentora*, con su divino Hijo, del género humano; allí el de *Reina de los mártires*, porque su martirio ha sido el más grande y más perfecto de los martirios, el martirio del más grande y más perfecto de los amores.

Sostenido, robustecido por este amor, acompaña su Hijo hasta el calvario y hasta el sepulcro, conservando siempre su gran dignidad de Madre de Dios; en la dignidad de la Madre se reconoce la dignidad del Hijo. Sobreleva una inmensa resignación en medio de su inmenso dolor. Absorta en éxtasis de profunda contemplación olvida la catástrofe que la priva de su Hijo, para considerar el gran misterio, el inefable sacramento de un Dios que muere por la salud de los hombres. Mira las llagas que desgarran el cuerpo de su hijo; las mira con una especie de alegría santa, piadosa, caritativa, porque sabe que son condiciones necesarias para nuestra gracia, para nuestra redención que ha de resultar de esas llagas y de esa sangre y de esa muerte. En esa oblación sublime en que uniéndose al Padre celestial que nos ha entregado a su Hijo, al Hijo que se ha entregado a sí mismo, asociándose a los sentimientos del Padre y del Hijo se une a ellos por el más perfecto de los amores y consume en su alma y en su cuerpo, en su mente y en su corazón el más grande y el más doloroso de los martirios.

Juan Manuel Pérez
Arcipreste y Párroco de Sta. María

¿Sola...? No. Reina

¿Sola?...

¿Qué inmensa muchedumbre rodea en Jerusalén el lugar de los suplicios! ¿Y qué sola está María en medio de tanta muchedumbre!

Están allí, pero no están con María. En primer lugar; los enemigos de Jesús, su Hijo.

En segundo lugar; Los curiosos, los indiferentes y despreocupados, los tornadizos y versátiles, dispuestos siempre a volver el rostro al sol que más caliente, y a moverse a impulsos del primer viento que sopla.

En tercer lugar; También están allí, pero no al lado de María, muchísimos, que recibieron beneficios sin cuento de las manos benditísimas de su Santísimo Hijo.

Hasta los amigos...

Hasta los fervorosos entusiastas...

Hasta los mismos discípulos de Jesús han huido...

Sólo uno de éstos, Juan.

El casi niño.

El virgen, el candoroso e inocente, el confidente íntimo y afortunado de los maravillosos secretos del Corazón de Jesús...

Y con él; sólo unas cuantas piadosas mujeres rodean la Cruz, y se hallan al lado de María...

Pero...

¡Los muertos resucitados...!

¡Los paralíticos, los leprosos, los ciegos, los sordos, los mudos, los poseídos, milagrosamente curados...!

¡Las turbas, alimentadas en el desierto, con el pan elaborado por las manos de la Omnipotencia, y cocido en el horno de infinita Caridad!...

¿Dónde están?

¡Aquellos mismos que querían proclamar Rey a Jesús!...

¡Los que de sus propias vestiduras hicieron mullida alfombra, y con palmas y olivos entretejieron improvisado y flotante pabellón, al paso de Jesús; los que, con delirante entusiasmo, atronaban el espacio con sus cánticos de triunfo; y clamaban, diciendo: *Hosanna, al Hijo de David, Bendito el que viene en nombre del Señor!*... ¿Qué se hicieron?...

¡Todos han huido!...

¡Acobardados! ¡¡ingratos!!...

Arrastrados por el torrente asolador del miedo.

Y los que allí quedaron apenas se dejan ver, escondidos entre las hondas de aquella masa humana.

¡Ah! No es hora de repartir beneficios y mercedes, sino insultos y desprecios.

No es hora de gustar manjares, sino hieles y amarguras.

No hay mayor aislador que el aislador del infortunio

¿Que sola está María!

¡Sobre la dura roca ensangrentada!

¡Apoyada en la Cruz!

¡Con el cadáver del Hijo en su regazo!

II
¡No! ¡Reina!

Pero, no.

No está sola.

No puede estarlo una mujer que es Reina, y Reina Soberana hasta del dolor mismo.

Y María es Reina de todos los dominios que adquirió su Hijo por juro de heredad.

Con bajas y pobres apartencias, *pero Reina*.

Humillada por los betlemistas, *pero Reina*.

Relegada al desamparo de un abandonado establo, en el acto de su alumbramiento, *pero Reina*.

Perseguida y desterrada, *pero Reina*.

Ocupada en los quehaceres de pobre y artesana, *pero Reina*.

Siempre sufriendo, y siempre padeciendo, *pero Reina*.

Las lágrimas de la Virgen

El crimen deicida, se había consumado. Ya Cristo había muerto, pendiente en la cruz. La turba medrosa, se aleja del monte. Pues ya, por Oriente, el negro horizonte Argentá la luna, con pálida luz.

Las gotas de sangre, del Dios humanado Las áridas peñas, de rojo manchó, Las lágrimas tristes, de madre apenada, Cayeron al suelo: con ellas mezclada La sangre del Justo, la tierra bebió.

Y al día siguiente, al pie del madero Do había expirado, Jesús redentor, El pueblo deicida, miraba asombrado Que entre pasionarias, que allí habían brotado, Surgían azucenas de niveo color.

ENRIQUE RICHARD

Regina Pacis...

Hoy Cartagena se postra ante su Reina y Señora, la Santísima Virgen de la Caridad, para ofrendarle sus cristianos corazones de los que brota una súplica, que es la plegaria que por la paz europea hacen los católicos desde todos los ámbitos del mundo, por mandato expreso de nuestro Santísimo Padre, el Papa Benedicto XV.

Brilla hoy, en pleno siglo XX, la doctrina de Cristo; los pueblos todos conocen el mandato del Cenáculo, y cuando no existe motivo de guerra santa la ambición de los hombres los lleva a olvidar en absoluto el *amós como hermanos*.

Las más poderosas naciones de Europa se encuentran en guerra, el mundo

todo conmovido por la horrible hecatombe ve, poseído de tristeza, la desolación y la ruina que ha convertido en cementerio lo que no ocupan los ejércitos beligerantes; con sus máquinas de guerra se están destruyendo hermosas ciudades y monumentos artísticos inapreciables y la desolación y la ruina es reina y señora de pueblos, ayer felices y prósperos, a la vez que millares y millares de nuestros hermanos, arrebatados al amor de sus familias, al cariño de sus padres, de sus esposas y de sus hijos, caen segados por la terrible hoz de la muerte, como mártires sacrificados a la ambición...

Pidamos a Dios como cristianos, como hijos de Cartagena, hijos fieles de esta tierra bendita, cuna de los Cuatro Santos y trono riquísimo de la reina de la Caridad, la Santísima Virgen, que tenga fin tanta ruina, que un rayo de luz llegue al corazón de los que llenos de soberbia se creen señores del mundo y que brote en ellos el verdadero espíritu de Caridad, amortiguando

los ambiciosos instintos de poderío y grandeza, que dan origen a la cruenta lucha que ensangrienta los campos de Europa; que reconocido los errores, los gobernantes atiendan pacíficamente al bienestar de sus pueblos, que, envueltos en el sudario del infortunio, lloran su desgracia inmensa. Lloremos también con ellos, son nuestros hermanos, y hoy, ante el trono del Amor, la Virgen de la Caridad, nuestra Excelesa Patrona, para que llegue pronto la paz, fuente y principio de la prosperidad de las naciones, digámosle con fe la súplica que el mundo católico dirige a la Reina de los Cielos: ¡Virgen Santísima de la Caridad, Reina de la Paz, ruega por nosotros!...

José Agius

Cura del Sagrado Corazón de Jesús

Cartagena 30 de Marzo 1917.

Caridad

Del jardín palpitante de la vida es la flor más lozana de las almas, y surge bendecida en esta tierra plétórica de luz, llena de galas.

Campo fecundo, en cuyo fértil suelo germina, al suave susurrar del aura, esa flor del espíritu divina, que es del pobre ilusión, fe y esperanza.

Que siempre lleve el tallo sacrosanto la fecundante y generosa savia; que siempre erguida su corola ostente; que siempre tenga el riego de las almas.

Jesús Carrillo del Valle

Cartagena a la Virgen de la Caridad

¡Virgen a la que amante y agradecida Consagró Cartagena su alma y su vida; A la que sobre todas ama y venera Porque eres más que todas cartagenera! Virgen a cuyo nombre santo y amante De Cartagena el alma late anhelante. Una vez más escucha madre amorosa De tus hijos la trova tierna y piadosa Que le inspiran tus penas y sus amores En el día bendito de tus Dolores.

¡Tus Dolores! misterio santo y sublime Que a las almas a un tiempo pasma y redime! ¡Tus Dolores! ¡abismo hondo y arcano Como el fondo insondable del Océano! ¡Solo podrá medirlo Virgen María Quien midiera el abismo de tu alegría! ¡Ideal soberano de la belleza, Del dolor de una madre que llora y reza Abrazada al cadáver ensangrentado De su Hijo inocente sacrificado! Nunca en sus creaciones bellas el arte De manera tan pura logró expresarte Como en esa escultura de gracias llena Que en tu templo extasiada ve hoy Cartagena. ¡Así los serafines al socorrerte

En el Monte Calvario debieron vertel ¡Tal te vió al dar al viento sus clegias El profético genio de Jeremías, Porque en ella el sublime ideal eres De la más dolorida de las mujeres! Nadie puede mirarte, Virgen bendita, Sin sentir en su alma pena infinita, Y juzgar en su pecho ya atravesadas De tu pecho amoroso las siete espadas. Que por algo los buenos cartageneros En amar tus Dolores son los primeros Y el amor que te tienen sus corazones Cual sus penas no admiten comparaciones. Cartagena al unjirte con triste llanto Sabe igualar su pena con tu quebranto Y al rendir a tu duelo justo tributo Proporciona a tus lágrimas su triste luto. Ella, para expresarte cuanto te ama De cari lad divina, Madre te llama Y ese nombre brillante collar de estrellas Es con el que se adornan sus hijas bellas.

Y al alzarte ella su templo te alzó un palacio Emulando el que tienes en el espacio. Con su cúpula excelsa y arrebolada, Con brillantes estrellas siempre alumbradas, Donde brotan copiosas y perennes De la paz y la dicha los manantiales. Virgen pues cuyo nombre santo y amante Cartagena ovaciona, hoy delirante Suene grato en tu oído, madre amorosa, De tus hijos la trova tierna y piadosa Que te inspiran tus penas y sus amores En el día bendito de tus Dolores!

Salvador Esteban

C. M. F.

Corredentora

Desde el instante en que el hombre pronunció el Paraíso el segundo *non serviam*, vió caer hecho pedazos el cetro de su soberanía; su inteligencia quedó envuelta, en las sombras de la ignorancia, su cuerpo sujeto al trabajo, y su frente marcada con el sello del proserito.

Dios, anteponiendo su amor de Padre a su rectitud de Juez, determina romper la cadena de la culpa y rescatar al hombre del miserable cautiverio del pecado; mas si perdona gratuitamente, la justicia reclama sus derechos ¿que hará? tomará la forma de siervo, se humillará por nosotros, juntando la naturaleza humana y la naturaleza divina en la segunda Persona de la augusta Trinidad con tan estrecha unión que de ella resulte un verdadero Dios-Hombre y un verdadero Hombre-Dios y ese Hombre-Dios, saliendo fiador de la raza humana paga por las culpas de sus hermanos hasta dejar satisfecha la divina justicia y ese Dios-Hombre, víctima en el madero del Gólgota de la justicia divina, cancela con tormentos inauditos pecados que no ha cometido.

Mas para la realización de ese plan divino era necesario el concurso de una mujer, que fuese Virgen y fuese madre. Y esta mujer, a quien aclamarán bendita todas las generaciones, es María; en sus entrañas purísimas el Verbo se hizo Carne, en sus entrañas purísimas tomó esa carne pasible, que un día había de ofrecer al Eterno Padre en el árbol de la Cruz. María, que sus dolores habían de cerrar junto al árbol de la Cruz la herida que la primera Eva abriera a la Humanidad junto al árbol del Eden. Esa mujer bendita que en el secreto de sus dolores tiene el remedio de los nuestros.

¡Salve, Corredentora de la Humanidad!

J. Gallego

Párroco de San Antonio Abad